

El Nuevo Orden Económico Internacional.

RUBÉN GUERRERO ZORRILLA

Profesor de la Universidad Iberoamericana.

EL ORDEN económico capitalista internacional imperante hoy en día, se consolidó al finalizar la Segunda Guerra Mundial, sustentándose en la determinación de evitar otra conflagración mundial y superar en forma definitiva, el fantasma de la depresión económica del período de interguerra. Creando para ello una pretendida conciencia de salvaguardar la paz y promover el progreso económico y social, a través de formas de cooperación económica entre las naciones, en base a una ayuda financiera por parte de los países industrializados. Bajo estas bases, el modelo de desarrollo mundial se orientó fundamentalmente hacia un intercambio comercial internacional, consistente en un comercio inequitativo, que mantiene la articulación económica del orbe en un desarrollo desigual, y que mantiene una profunda dependencia económica a los países del Tercer Mundo, además de que se continuó en forma renovada la introducción y plena consolidación desde el exterior, del modo capitalista de producción. Las formas precapitalistas de producción de las naciones subdesarrolladas no se liquidaron, sino que más bien se sometieron a la acumulación del capital de los países industrializados.

La acumulación del capital en los países del Tercer Mundo continuó bajo el impulso y control del capitalismo mundial, a través de un sector exportador que juega, como antaño,¹ un papel determinante en la creación y conformación del mercado mundial.

Así, en los países subdesarrollados, el mercado interno engendrado por el desarrollo del sector exportador, se da limitado y distorsionado.

¹ La Economía Mundial contemporánea encuentra sus razones históricas mediatas en el surgimiento del capitalismo occidental durante los siglos XV y XVI, es decir, en la acumulación primitiva u originaria. Período histórico en que se delimita y configura la articulación económica del orbe en un desarrollo desigual.

La estrechez de ese mercado explica el hecho de que el Tercer Mundo no atraiga sino volúmenes reducidos de capitalistas de los países industrializados hacia áreas no exportadoras, a pesar de que ofrecen una mayor remuneración por los bajos costos (producto de la explotación del trabajo y los bajos salarios pagados).

Las economías subdesarrolladas están desintegradas, formadas por sectores económicos yuxtapuestos, que sólo realizan entre sí cambios marginales, ya que lo esencial de sus intercambios se hace con el exterior. Son economías desarticuladas en las que hay una profunda heterogeneidad en sus estructuras, las que pertenecen a edades económicas distintas y consecuentemente, manifiestan en el proceso de producción productividades desiguales.

Los países subdesarrollados dependen cada vez más del exterior, debido a la creciente dependencia comercial y financiera y por el flujo de ganancias de la inversión extranjera hacia los países de origen; hechos que se consolidan con el crecimiento económico ligado al mercado mundial; crecimiento que conlleva la crisis, que se atenúa con ayuda externa, sin resolver el problema fundamental de su atraso e insolubles contradicciones estructurales.

Las economías subdesarrolladas en el sistema económico mundial imperante, crecen con una amplia dependencia externa, con incoherencia y desarticulación en sus estructuras internas, que no mitigan, sino por el contrario, estimulan las contradicciones sociales; en otras palabras, este crecimiento es el desarrollo del subdesarrollo.

Mientras tanto, en los países desarrollados, la acumulación del capital se da en gran parte por la exportación de capitales, la cual es un medio eficaz para combatir la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Asimismo, el sector exportador de capitales obtiene del Tercer Mundo los productos esenciales para el funcionamiento del capital constante (materias primas) y del variable (alimentos) a costos inferiores del costo de productos análogos o sustitutos producidos en sus propios países. Los productos exportados por los países subdesarrollados resultan interesantes en la medida que transfieren un valor mayor que el precio internacional pagado por su adquisición, ya que la diferencia en las remuneraciones del trabajo, siempre son mayores que la diferencia en las productividades.

Las economías desarrolladas constituyen internamente, sin duda alguna, estructuras coherentes, integradas por sectores de industrias productoras de bienes de capital, industria ligera y agricultura industrializada, con una amplia relación entre todos ellos. Los sectores son

solidarios y complementarios económica y socialmente. En términos generales, se puede afirmar que la estructura económica de estos países es coherente, en tanto que liga la producción de bienes de consumo, con la producción de bienes de capital.

Los países desarrollados realizan lo más importante de su comercio entre ellos mismos. En cambio, los países del Tercer Mundo, se caracterizan no sólo porque sus exportaciones están constituidas por productos minerales y agrícolas, o bien, porque sus importaciones sean sustancialmente de productos manufacturados, sino más bien porque lo fundamental de su comercio se efectúa con los países desarrollados. Las naciones no industrializadas son mucho más dependientes en sus flujos comerciales con el mundo desarrollado que a la inversa, lo que obviamente no significa que los países industrializados puedan prescindir de los subdesarrollados, ni que el sistema económico mundial soporte una ruptura de los flujos del Tercer Mundo a los países desarrollados.

La contradicción entre la capacidad de consumo y la de producción, es sólo superada a escala mundial por la ampliación del mercado de capitales de los países industrializados hacia áreas de exportación de los países subdesarrollados, cumpliendo estos últimos en el contexto mundial, un papel subalterno y limitado. Esta dinámica conduce a una creciente polarización de la riqueza en beneficio de los países industrializados.

La Economía Mundial se configura en un sistema articulado de relaciones de producción y de intercambio sustancialmente capitalistas, vinculadas además estrechamente con estructuras semicapitalistas y pre-capitalistas, constituyendo de tal manera un todo, que genera un desarrollo desigual.

Las múltiples contradicciones inherentes a la desigualdad estructural del desarrollo económico mundial se han manifestado con hechos tales como la inflación mundial, la recesión económica en los países industrializados, los desórdenes monetarios, la escasez de alimentos en amplias zonas del orbe y el encarecimiento del petróleo, que en los últimos años han sacudido el orden económico mundial imperante desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y llevaron a considerar que era menester reorganizar el sistema económico imperante para superar y evitar en el futuro, los obstáculos y anomalías del presente.

La coyuntura que presentó la crisis provocada por la sacudida de la estructura económica mundial, dio la oportunidad a los países del Tercer Mundo de adoptar una nueva estrategia, cuyo objetivo central es el

de consolidar su independencia política a través del logro de una autonomía económica.

Los países subdesarrollados plantearon, en términos generales, su política hacia un nuevo orden económico, sobre la base de una mejoría en los precios de las materias primas, control de sus recursos naturales, acceso de los productos manufacturados de los países del Tercer Mundo a los mercados de los países desarrollados, aceleración de la transferencia de tecnología y llevar a la discusión sobre los recursos energéticos a una amplia negociación económica internacional, para lograr un desarrollo autodependiente fundado en el principio de contar con sus propias fuerzas.

Estos planteamientos de los países subdesarrollados pretenden lograr un desarrollo capitalista autónomo como objetivo fundamental.

Ante la estrategia del Tercer Mundo sobre un nuevo orden económico internacional los países industrializados plantearon la necesidad de hacer una reconsideración global de la economía mundial. Planteamiento que llevó a la exigencia de esbozar la realización de un nuevo orden económico internacional.

Los países desarrollados esbozaron sus políticas sobre el nuevo orden económico, en base a la necesidad de contar con suministros de energía y materias primas (particularmente petróleo) constantes, confiables y suficientemente abundantes, para así evitar el entorpecimiento de la marcha de sus economías, lograr una política monetaria de estabilidad vinculada a los precios de las materias primas, y continuar con el otorgamiento de crédito para el desarrollo.

Los países desarrollados en su concepción del nuevo orden económico consideran que, restañando las heridas monetarias, inflacionarias y energéticas a través de suministros seguros, políticas monetarias de estabilidad y ayuda financiera masiva, se lograría en el Tercer Mundo la posibilidad de iniciar nuevamente un desarrollo por etapas, para superar el retraso histórico de unos respecto de otros.

Los países industrializados sostienen la tesis de que con la ayuda para el desarrollo, los modelos históricos de crecimiento a través de la inversión, serían una réplica histórica de su propio desarrollo, sin embargo, la ayuda nunca ha tenido la función que se le ha asignado. Los problemas son mucho más complejos y profundos; la riqueza y la pobreza, la estabilidad y la organización política, son variables fundamentales que no se solucionan con ayudas esporádicas y limitadas a las áreas de exportación.

¿Es realista y viable la postura de los países subdesarrollados de alcanzar un desarrollo capitalista autónomo, a través de una presión continua para así regularizar los procedimientos que generarían resultados más favorables para ellos mismos?

¿Hay lógica histórica en las posiciones de los países industrializados, en base a la tesis del retraso histórico del Tercer Mundo, de que con ayuda masiva y estabilidad monetaria internacional, se incorporarían a la contemporaneidad económica?

Los objetivos fundamentales de los países del Tercer Mundo para lograr su estrategia global de alcanzar un desarrollo capitalista autónomo, son los de extraer las máximas ganancias económicas y políticas del comercio, a un costo mínimo. Las constantes manifestaciones de estos objetivos en los foros multilaterales, tienen indudablemente, en una primera etapa como lo ha sido, una función política y educativa amplia, pero no son de gran utilidad como guías de una acción y política específicas en las acciones consecuentes.

Una de las razones por las cuales estos objetivos no alcanzan en la realidad la dimensión esperada, es porque se incurre, al realizar estos planteamientos, en la imprudencia de considerar al Tercer Mundo como un grupo coherente y coordinado, cuando bien sabemos que no es precisamente eso, porque está integrado por países semindustrializados que rápidamente producirán manufacturas exportables; países exportadores de materias primas con buenas perspectivas de demanda; y países exportadores de materias primas con escasas perspectivas de demanda.

Además, los países subdesarrollados durante las últimas dos décadas, en la mayor parte de los casos han sido pasivos en la concretización de sus ofensivas políticas inmediatas, esperando ingenuamente a que los países desarrollados actúen en su favor, suponiendo que sus objetivos generales serían aceptados por aquéllos que deben realizarlos. “Esa ingenuidad se hizo cada vez más difícil de mantener frente al permanente fracaso de los países desarrollados, no sólo para aceptar la variedad de recomendaciones generales que les presentaban, sino también para realizar los modestos objetivos que ellos mismos se habían propuesto, o para implementar totalmente los proyectos —como el sistema generalizado de preferencias— con los cuales concordaba ostensiblemente”.²

Asimismo, como parte de la estrategia, los países subdesarrollados piensan que con el impulso de una industria básica y un sector público

² Helleiner K., *¿Hacia un nuevo orden económico internacional?* Edit. Siglo XXI, México 1979, pág. 25.

fuerte, evolucionarían hacia una forma autodependiente sólida, sin embargo, esta tesis soslaya el hecho de que el Estado en estos casos, propugna parcialmente por el desarrollo del consumo masivo, ya que también bajo este modelo de desarrollo, necesariamente se impulsa el crecimiento de la producción de exportación, manteniendo inalterable en lo esencial, el modelo tradicional de desarrollo que se significa por el impulso específico del sector exportador, creciendo así nuevamente con una amplia dependencia externa e incoherencia y desarticulación en su estructura interna.

A su vez, los países del Tercer Mundo, individualmente, o en bloques más homogéneos, plantean como alternativa y condición necesaria y suficiente para consolidar su independencia política sobre una base económica, el lograr un ajuste real de los precios de las materias primas de exportación, para obtener con ello medios suplementarios, que permitan financiar, a través de la importación de tecnologías avanzadas, una nueva etapa de industrialización que se caracterice por la exportación masiva hacia los centros de producción de productos manufacturados favorables y de mano de obra abundante y barata. Bajo esta política comercial y financiera, subsiste el problema básico e insoslayable, del poder de represalia de índole económica, financiera y militar, así como la voluntad de emplear lo de los países industrializados. Hay un límite de tolerancia en las poderosas naciones desarrolladas, frente a la interferencia de sus intereses económicos o estratégicos.

La reivindicación del nuevo orden económico internacional, se inicia fundamentalmente en los países subdesarrollados con una estrategia global para lograr un desarrollo capitalista autónomo que, básicamente, se sustenta en la producción de productos manufacturados baratos hechos por los países del Tercer Mundo, lo que corresponde a una nueva división internacional del trabajo.

Esta nueva división internacional del trabajo, consiste, sustancialmente, en la producción de productos manufacturados baratos de los países del Tercer Mundo, para los que la ventaja de los salarios inferiores —si se tiene en cuenta las productividades comparadas— permite un aumento de la tasa de ganancia a nivel mundial, cuya distribución supuestamente beneficiaría a los países subdesarrollados, sin embargo, el reparto de la ganancia se tasa en base a los precios internacionales que veladamente transfieren el suplemento de valor —generado por la diferencia de salarios y productividades— del mundo no industrializado al industrial.

La nueva división del trabajo perpetúa el intercambio desigual, además de que mantiene en los países subdesarrollados, la distorsión de la estructura de la demanda, en detrimento del consumo masivo.

Con la nueva división del trabajo, el desarrollo del sistema mundial sigue siendo fundamentalmente desigual, y la demanda exterior se mantiene como la principal fuerza motriz de éste, siempre dependiente para los países subdesarrollados al tipo de desarrollo.

Si la reivindicación del nuevo orden económico internacional tuviera éxito, de ninguna manera constituiría una nueva etapa dentro de una nueva línea de desarrollo, que condujera progresivamente a la expansión de formaciones capitalistas perfeccionadas, análogas a las de los países desarrollados.

La nueva división internacional del trabajo, indudablemente ha implicado modificaciones y cambios que perturban el sistema económico preestablecido, lo que exige un nuevo planteamiento de adaptación a la nueva división de la producción mundial, precisamente como la plantea la reivindicación de un nuevo orden económico internacional, que en términos generales, y en lo fundamental, mantiene inalterable la orientación de la economía hacia el mercado internacional, complaciendo así: "a todo el mundo, lo mismo a las burguesías de las periferias (países subdesarrollados) que a los monopolios de los centros (países desarrollados), debido a que la transferencia de las industrias permitiría volver a crear en el centro un ejército de reserva de mano de obra desempleada, y se debe también a que dicho desempleo permitiría elevar la tasa de plusvalía en el centro mismo".

Si se desea verdaderamente un desarrollo autónomo, se tiene que orientar sobre la base de un desarrollo popular, que no puede ser más que nacional y autodependiente, ya que para servir a las grandes masas, la industrialización debe ponerse al servicio del mejoramiento de la productividad rural, y renunciar a la producción de lujo para el mercado local y de exportación, ya que ambas producciones están basadas en la reproducción de la fuerza de trabajo barata.